



Los curas de Oquendo



Cualquiera pensará así al pronto que se trata de sacerdotes con tonsura, y alzacuello y sotana, deambulando libro de horas en ristre por los senderos alfombrados de hojas amarillentas o rojizas del jardín recoleto que circunda una pequeña iglesia, o grande, de vidrieras ojivales y muros de sillería grisácea en los que el tiempo ha ido depositando un mucho de mugre y un poco de pátina.

Pero, no.

Son franciscanos que [aborrecen con fervor a los gatos](#) y, ataviados no con el tosco sayal característico que vistieran antaño sino con atuendos tan comunes como un pantalón gris y camisa y chaqueta, pueden pasar por oficinistas cuando se les ve, por las mañanas, comprando el periódico en el quiosco que hace siglos se llamara de “[el manco](#)”.

La iglesia, por su parte, y el jardín por la suya, distan mucho — con sus paredes de ladrillo la una y su ausencia de senderos el otro sin más vegetación que algunas hierbecillas espontáneas que se ponen muy hermosas, es verdad, en cuanto caen cuatro gotas — de sugerir recogimiento alguno ni, también es cierto, el temor al pecado y al infierno en que vivieran sumido... o no tanto, tal vez, los antiguos franciscanos de siempre moradores del pequeño chalé aquel sí con encanto que fue luego (antes de que construyeran *sic transit gloria mundi* un edificio nuevo y sin gracia ninguna, ni divina ni humana) un caserón abandonado propiedad nuda, sí, y desnuda, pero absoluta de los gatos objeto, a lo que íbamos, de nuestras cuitas.

El ejemplar — de nuestras cuitas, repetimos — cuatro o cinco veces de cada seis o siete suele ser negro y, es del dominio público y no vamos por lo tanto, esto no, a repetirlo, que aunque sea de cualquier otro color o se trate incluso de una gata lo que procede en tales casos es proveerse de una escalera más bien larga o, en su defecto, de una jaula-trampa ex profeso para gatos y unos cuantos metros del bramante de marras.

Pero como esto sólo resultaría interesante para quien esté interesado en rescatar gatos callejeros caídos en patios de

Los curas de Oquendo

franciscanos que aborrecen a los gatos y se niegan a rescatarlos por la ventana que desde su biblioteca da acceso al patio sin ninguna dificultad y a pie llano, y sería mucha casualidad además que estas páginas las leyera alguno de esos interesados, no merece la pena prodigarse en explicaciones, ¿no es cierto?